# REENCARNACION

## ANNIE BESANT




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

**OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO**

Esta obra fue enviada como aporte o donación por un usuario. Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

Nuestro concepto de la reencarnación, puede aclararse más y ponerse más en armonía con el orden natural, si la consideramos como un principio universal, y luego pasamos a observar el caso especial de la reencarnación del alma humana. Al estudiarla, este caso especial es generalmente arrancado de su sitio en el orden natural, y se le considera, con gran detrimento suyo, como un fragmento dislocado; pues toda la evolución consiste en una vida evolucionadora que pasa de una forma a otra a medida que se desenvuelve, almacenando en sí misma la experiencia adquirida en dichas formas. La reencarnación del alma humana no es la introducción de un nuevo principio en la evolución, sino la adaptación del principio universal para adquirir las condiciones necesarias para la individualización de la vida en constante desenvolvimiento. Mr. Lafcadio Heam ha presentado bien este punto, al considerar el alcance de la idea de la preexistencia en el pensamiento científico de Occidente. Dice: Con la aceptación de la doctrina de la evolución, las ideas antiguas vinieron a tierra, y nuevas ideas surgieron en todas partes, reemplazando los antiguos dogmas; y ahora tenemos el espectáculo de un movimiento intelectual, general en dirección paralela sorprendente con la filosofía oriental. La rapidez sin precedente, y lo multiforme del progreso científico durante los últimos cincuenta años, no podían menos de provocar un aceleramiento intelectual, igualmente sin precedente, entre los no científicos. Que los organismos más elevados y complejos se han desenvuelto de los ínfimos y sencillos; que una sola base física de vida es la substancia de todo el mundo viviente; que no puede trazarse ninguna línea de separación entre el animal y el vegetal; que la diferencia entre la vida y la no vida es sólo una diferencia de grado y no de especie; que la materia no es menos incomprensible que la mente, al paso que ambas son sólo manifestaciones de la misma realidad desconocida, todas estas cuestiones se han convertido ahora en vulgaridades de la nueva filosofía. Después que por primera vez fue reconocida la evolución física hasta por la Teología, era fácil predecir que el reconocimiento de la evolución psíquica no podía retardarse indefinidamente; pues la barrera erigida por los antiguos dogmas que impedía a los hombres mirar atrás, había sido destruida y hoy, para el estudiante de la sicología científica, la idea de la preexistencia pasa del reino de la teoría al de los hechos, probando la explicación buddhista del misterio universal, de un modo tan plausible como cualquier otro. Nadie sino los pensadores ligeros, dijo el difunto profesor Huxley, la rechazará como absurdo inherente. Igualmente que la misma doctrina de la evolución, la de la transmigración tiene sus raíces en el mundo de la realidad, y puede aspirar al argumento que la analogía es capaz de proporcionar. (Evolution and Ethics, pág. 61, edición de 1894) . Consideremos la Mónada de forma Atma-Buddhi. En esta forma, vida espirada del Logos, yacen ocultos todos los poderes divinos, pero como es sabido, están latentes, no manifiestos y funcionando. Tienen que ser despertados gradualmente por choques extraños, pues en la misma naturaleza de la vida está el vibrar en contestación a las vibraciones que la tocan. Como en la Mónada existen todas las posibilidades de vibración, toda vibración que obre en ella despertará el poder vibratorio correspondiente, y de este modo, una tras otra, pasarán del estado latente al activo todas las fuerzas . En esto consiste el secreto de la evolución; el medio actúa en la forma de la criatura viva y téngase presente que todas las cosas viven y al ser transmitida esta acción a la vida por medio de la forma envolvente, la Mónada que está dentro de ella despierta vibraciones que responden y pasan al exterior desde la Mónada a la forma, poniendo a su vez en vibración sus partículas, y volviéndolas a coordinar en una forma correspondiente o adaptada al choque inicial. Esto es la acción y reacción entre el medio y el organismo, que han sido reconocidas por todos los biólogos, y que algunos consideran que dan una explicación suficiente de la evolución. La observación paciente y cuidadosa de esta acción y reacción no da, sin embargo, explicación alguna de por qué el organismo responde así al estímulo; y es necesario que la Antigua Sabiduría venga a descubrir el secreto de la evolución, señalando al Yo en el corazón de todas las formas, como la fuente principal oculta de todos los movimientos de la Naturaleza.

Una vez comprendida la idea fundamental de una vida que encierra la posibilidad de contestar a todas las vibraciones que lleguen a ella del universo externo, cuyas respuestas son gradualmente despertadas por la acción de fuerzas externas, la segunda idea fundamental de que hay que penetrarse, es la de la continuidad de la vida y de las formas. Las formas transmiten sus particularidades a otras formas que proceden de ellas, las cuales son parte de su propia substancia, que se ha separado para llevar una existencia independiente. Por división, por brotes, por lanzamiento de gérmenes, por el desarrollo del fruto dentro de la matriz; se conserva una continuidad física, derivándose cada nueva forma de una precedente y reproduciendo sus características. La ciencia agrupa estos hechos bajo el nombre de ley de herencia, y sus observaciones sobre la transmisión de la forma son dignas de atención e iluminan el modo de obrar de la Naturaleza en el mundo fenomenal Pero debe tenerse presente que esto sólo se aplica a la construcción del cuerpo físico, en el cual entran los materiales suministrados por los padres. Sus modos de obrar más ocultos, esas operaciones de la vida sin las cuales la forma no existiría, no han sido aún observadas, por no ser susceptibles de observación física, y este vacío sólo pueden llenarlo las enseñanzas de la Antigua Sabiduría, dadas por Aquellos que emplean poderes de observación suprafísicos, y que todo discípulo que pacientemente estudia en sus escuelas, puede comprobar por sí. Hay una continuidad de vida así como una continuidad de forma, y la vida continua - cuyas energías latentes, cada vez en mayor número, se transforman en activas por el estímulo que recibe en las formas sucesivas - es la que resume en sí misma las experiencias obtenidas en las formas sucesivas de que se ha revestido; pues cuando la forma perece, la vida conserva los anales de esas experiencias en las mayores energías que han despertado, y se halla pronta a ser el alma de otras formas derivadas de la antigua, llevando consigo este acopio acumulado. Mientras estuvo en la forma anterior, funcionó por su conducto, adaptándola para la expresión de cada nueva energía despertada; la forma traspasa estas adaptaciones, grabadas en su substancia, a la parte separada de ella de que hemos hablado como su fruto, el cual, siendo de su substancia, tiene necesariamente que tener las particularidades que a ésta caracterizan; la vida se vierte dentro de este fruto con todos los poderes que ha despertado, y lo moldea aun más; y así una vez y otra. La ciencia moderna prueba cada día más y más claramente que la herencia ejecuta una parte siempre decreciente en la evolución de las criaturas superiores, que las cualidades mentales y morales no se transmiten de padres a hijos, y que mientras más elevadas sean las cualidades, tanto más patente es este hecho; el hijo de un genio es muchas veces un imbécil, y padres vulgares dan nacimiento a un genio. Debe existir un substrátum continuo inherente a las cualidades mentales y morales, a fin de que puedan aumentarse, pues de otro modo la Naturaleza sería, en este importantísimo ramo de su obra, una criatura de producciones errantes y sin causa, en lugar de mostrar una continuidad ordenada. En este punto la ciencia está muda; pero la Antigua Sabiduría enseña que este substrátum continuo es la Mónada, receptáculo de todos los resultados, depósito en que se almacenan todas las experiencias como poderes activos en crecimiento. Una vez bien comprendidos estos dos principios de la Mónada con potencialidades que se convierten en poderes, y de la continuidad de la vida y de la forma podemos proceder al estudio de su modo de obrar en detalle, y veremos que resuelven muchos de los embarazosos problemas de la ciencia moderna, así como aquellos otros que atañen más al corazón y de los que se ocupan el filántropo y el filósofo. Principiemos por el estudio de la Mónada cuando se halla sujeta a las influencias de los niveles informes de los planos mentales, el principio mismo de la evolución de la forma. Sus primeros estremecimientos para responder a las impresiones de que es objeto, atraen a su alrededor alguna de la materia de este plano, y así tenemos la evolución gradual del primer reino elemental. Los grandes tipos fundamentales de la Mónada son siete, imaginados a veces como semejantes a los siete colores del espectro solar, derivados de los tres primeros . Cada uno de estos tipos tiene su propio colorido de características, y este colorido persiste durante el ciclo de eones de su evolución, afectando a todas las series de cosas vivas a que anima: Entonces principia el proceso de subdivisión en cada uno de estos tipos, que continuara subdividiéndose y subdividiéndose, hasta que llega la individualización. Las corrientes puestas en acción por las energías incipientes de la Mónada

- bastará seguir una línea de evolución, pues las otras seis son iguales en principio-sólo tienen una breve vida de forma; sin embargo, cualquiera que sea la experiencia que en ellas se adquiera, está representada por un aumento de vida que responde en la Mónada, la cual es la fuente y la causa; y esta vida que responde consiste en vibraciones que muchas veces son incongruentes entre sí, estableciéndose en la Mónada una tendencia hacia la separación, agrupándose juntas las fuerzas que vibran en armonía, para lo que pudiéramos llamar una acción concertada, hasta que se forman varias submónadas, si se nos permite por un momento esta expresión, parecidas en sus principales características, pero difiriendo en los detalles como matices de un mismo color. Estas se convierten a su vez, por los impulsos de los niveles inferiores del plano mental, en las Mónadas del segundo reino elemental, perteneciente a la región de la forma de este plano, continuando el proceso con el aumento constante del poder de responder de la Mónada, siendo cada una la vida animadora de formas sin cuento, por cuyo medio recibe las vibraciones; y cuando la forma se desintegra sigue vivificando constantemente nuevas formas, continuando también el proceso de subdivisión por las causas ya descritas. Cada Mónada se encarna así continuamente en formas y almacena dentro de sí; como poderes despertados, todos los resultados obtenidos en las formas que ha animado. Podemos muy bien considerar estas Mónadas como las almas de grupos de formas, y a medida que procede la evolución, estas formas muestran cada vez más atributos, siendo éstos los poderes del alma monádica del grupo, manifestados por medio de las formas en que se encarna. Las innumerables submónadas de este segundo reino elemental llegan pronto a un estado de evolución en el que principian a responder a las vibraciones de la materia astral y comienzan entonces a obrar en este plano, convirtiéndose en las Mónadas del tercer reino elemental, y repitiendo en este mundo más grosero todo el proceso verificado en el plano mental. Hácense más y más numerosas como almas monádicas de grupos, mostrando más y más diversidad en los detalles, y siendo cada vez menor el número de formas animadas por cada una, a medida que las características especiales se hacen más y más definidas. Mientras tanto, puede decirse que la fuente de vida del Logos sigue supliendo nuevas Mónadas de forma en los niveles superiores, de manera que la evolución prosigue continuamente y así que las Mónadas más evolucionadas encarnan en los mundos inferiores, son reemplazadas por las Mónadas nuevamente surgidas en los superiores. Por este proceso siempre repetido de la reencarnación de las Mónadas o almas monádicas de grupos en el mundo astral, prosiguen aquéllas su evolución hasta que se hallan en estado de responder a la acción ejercida en ellas por la materia física. Cuando recordamos que los átomos últimos de cada plano tienen las paredes de sus esferas compuestas de la materia más grosera del plano inmediatamente superior, es fácil comprender cómo la Mónada se hace apta para responder a la acción de un plano después de otro. Cuando en el primer reino elemental se hubo acostumbrado la Mónada a vibrar en contestación a los choques de la materia de este plano, pronto empezó a contestar a las vibraciones recibidas, por medio de las formas más groseras de esta materia, de la materia del plano inmediatamente inferior. Así, en su revestimiento de las formas compuestas de los materiales más groseros del plano mental, se hacía susceptible a las vibraciones de la materia atómica astral; y una vez encarnada en las formas de la materia astral más grosera, se hace igualmente idónea para responder a la acción del éter atómico físico, cuyas esferas tienen sus paredes compuestas de la materia astral más grosera. De este modo puede considerarse que la Mónada llega al plano físico, y allí principia, o mejor dicho, todas estas almas monádicas de grupos principian a encarnarse en formas físicas como películas; los dobles etéreos de los densos minerales futuros del mundo físico. En estas formas o películas construyen los espíritus de la naturaleza los materiales físicos más densos, formándose de este modo los minerales de todas clases, los vehículos más rígidos en los que se encierra la vida evolucionadora, y por los cuales expresa el mínimum de sus poderes, Cada alma monádica de grupo tiene su expresión mineral alcanzando entonces un alto grado las formas minerales en que está encarnada y la especialización. Estas almas monádicas de grupo son llamadas algunas veces en su totalidad la Mónada mineral o la Mónada encarnada en el reino mineral. Desde este momento en adelante las energías despertadas de la Mónada toman una parte menos pasiva en la evolución. Principian a tratar de expresarse activamente hasta cierto

punto, cuando son llamadas a funcionar, y a ejercitar una activa influencia en el moldeado de las formas en que se hallan aprisionadas. Cuando han llegado a hacerse demasiado activas para su revestimiento mineral, se manifiestan los principios de las formas más plásticas del reino vegetal, evolución a que ayudan los espíritus de la naturaleza en los reinos físicos: En el reino mineral, ha mostrado ya una tendencia hacia la organización definida de la forma: el trazado de ciertas líneas según las cuales, prosigue el desarrollo. Esta tendencia rige en lo sucesivo en la construcción de todas las formas y es causa de la exquisita simetría de los objetos naturales, familiar a todos los observadores. Las almas monádicas de grupos se someten en el reino vegetal a divisiones y subdivisiones con creciente rapidez, a consecuencia de la mayor variedad de influencias a que están sujetas, debiéndose a esta subdivisión invisible, la evolución de las familias, géneros y especies. Cuando cualquier género, con su alma monádica de grupo genérica, se halla sujeta a condiciones muy variadas, esto es, cuando las formas relacionadas con ella reciben muy diversas influencias, desarróllase en la Mónada una nueva tendencia a subdividirse, desenvolviéndose varias especies; cada una de las cuales tiene su propia alma monádica de grupo específica. Cuando se deja a la Naturaleza que obre por sí sola, el proceso es lento, aun cuando los espíritus de la Naturaleza hacen mucho en la diferenciación de las especies; pero una vez que el hombre se ha desarrollado y principia con sus sistemas artificiales de cultivo a ayudar el funcionamiento de una serie de fuerzas e impedir el de otras, entonces esta diferenciación puede verificarse con rapidez considerable, y las diferencias específicas se desenvuelven pronto. Mientras que la división efectiva no ha tenido lugar en el alma monádica de grupo, la sujeción de la forma a las mismas influencias, puede volver a destruir la tendencia separatista; pero cuando la división se ha completado, las nuevas especies quedan definida y firmemente establecidas y prontas a echar retoños propios. En algunos de los individuos de larga vida del reino vegetal principia a manifestarse el elemento de la personalidad, cuyo pronóstico de individualismo es debido a la estabilidad del organismo. En un árbol que viva varias veintenas de años, la repetida ocurrencia de condiciones similares ejerciendo análoga acción, las estaciones que vuelven un año tras otro con los movimientos consecutivos internos que determinan la elevación de la savia, el brotar de las hojas; el contacto del viento, de los rayos del sol y de la lluvia, todas estas influencias en su progreso rítmico, despiertan vibraciones que responden en el alma monádica del grupo, y como la sucesión de aquéllas se imprime con la repetición constante, la ocurrencia de una conduce a la expectación confusa de su sucesora tantas veces repetida. En el reino vegetal aparecen también los preludios de la sensación, lo que en los individuos superiores se convierte en lo que el psicólogo oriental llamaría sensaciones "macizas" de placer y de disgusto . Hay que tener presente que la Mónada ha atraído a su alrededor materiales de los planos por donde ha descendido, y por tanto puede percibir la acción de estos planos, haciéndose sentir en primer término los impulsos más fuertes de las formas más groseras de materia. Por último, las sensaciones de los rayos solares, así como el frío de su ausencia, se imprimen en la conciencia monádica; y su envoltura astral, vibrando débilmente, ocasiona la especie de ligera sensación maciza de que hemos hablado. La lluvia y las corrientes de aire, al afectar la constitución mecánica de la forma y su aptitud para comunicar vibraciones a la Mónada que le sirve de alma, son otros "pares de opuestos" cuyas funciones despierta el reconocimiento de la diferencia, la cual es la raíz de todas las sensaciones, y más adelante de todos los pensamientos: De este modo, por medio de las repetidas encarnaciones en las plantas, evolucionan las almas monádicas de grupos en el reino vegetal, hasta que las que sirven de alma a los individuos más elevados de dicho reino, llegan a estar en situación de dar el paso siguiente. Este paso las lleva al reino animal, en donde desarrollan lentamente, en sus vehículos físicos y astrales, una personalidad muy determinada. Siendo él animal libre para moverse, hállase sometido a una variedad mayor de condiciones que la que puede experimentar la planta que está fija en un solo punto, y esta variedad promueve diferencias, como siempre. Sin embargo, el alma monádica de grupo que anima cierto número de animales salvajes de la misma especie o subespecie, si bien recibe una gran variedad de influencias, como quiera que éstas se repiten constantemente en su mayor parte y están compartidas por todos los individuos del grupo, sólo se diferencia

lentamente. Estas influencias ayudan al desarrollo del cuerpo físico y del astral, por cuyo medio adquiere mucha experiencia el alma monádica del grupo. Cuando perece la forma de un individuo del grupo, la experiencia adquirida por esta forma se acumula en el alma monádica de todo el grupo, dándole color, por decirlo así; el ligero aumento de vida que aquélla obtiene, al verterse en todas las formas que componen sus grupos, las hace partícipes de la experiencia de la forma que pereció, y de este modo, las experiencias continuamente repetidas almacenadas en el alma monádica del grupo, aparecen en las nuevas formas como instintos, como experiencias hereditarias acumuladas. Cuando innumerables pájaros han sido presa de las aves de rapiña, los pollos acabados de salir del huevo se encogen cuando se aproxima uno de sus hereditarios enemigos; pues la vida en ellos encarnada conoce el peligro, siendo el instinto innato de la expresión de este conocimiento. De este modo se forman los instintos maravillosos que guardan a los animales de innumerables peligros habituales, al paso que un peligro nuevo los encuentra desprevenidos y los aturde. Al ponerse los animales bajo la influencia del hombre, el alma monádica de grupo se desenvuelve con rapidez creciente, y causas parecidas a las que afectan las plantas cultivadas, originan más prontamente la subdivisión de la vida encarnada; la personalidad se desarrolla y se hace más y más marcada; en los primeros tiempos puede casi decirse que es compuesta, pues tan por completo son dominadas las formas por el alma común, que toda una mónada de seres salvajes puede actuar como movida por una sola individualidad: Los animales domésticos de tipo superior, tales como el elefante, el caballo, el gato, el perro, etc, muestran una personalidad más individualizada: por ejemplo, dos perros pueden obrar muy diferentemente bajo la influencia de las mismas circunstancias. El alma monádica de grupo, encarna en un número cada vez menor de formas, a medida que se aproxima gradualmente al punto en que se alcanza la individualización completa. El cuerpo de deseo o vehículo kámico, se desarrolla considerablemente, y persiste por algún tiempo después de la muerte del cuerpo físico en una vida independiente en el Kamaloka. Finalmente, el número siempre decreciente de las formas que anima un alma monádica de grupo, llega a la unidad y anima una serie de formas únicas, cuyo estado sólo difiere de la reencarnación humana en la falta del Manas, con sus cuerpos mental y causal. La materia mental que trajo consigo el alma monádica de grupo, empieza a hacerse susceptible a las influencias del plano mental, y entonces el animal se halla en estado de recibir la tercera gran emanación del Logos; el tabernáculo está dispuesto para albergar la mónada humana. Como ya hemos visto, la mónada humana es triple por naturaleza, siendo sus tres aspectos respectivamente denominados el Espíritu, el Alma espiritual y el Alma humana; o sea Atma, Buddhi, Manas. Sin duda alguna, en el transcurso de los ciclos de la evolución, la mónada evolucionadora de la forma podría desenvolver el Manas por medio del desarrollo progresivo; pero tanto en la pasada raza humana como en los animales al presente, no es éste el curso de la Naturaleza. Cuando la morada estuvo dispuesta, el que debía habitarla fue enviado; de planos superiores del ser descendió la vida atmica, velándose en Buddhi como un hilo dorado, y mostrándose en su tercer aspecto, Manas. En los niveles superiores del mundo sin forma del plano mental, se produjo el Manas germinal dentro de la forma, surgiendo de esta unión el cuerpo causal embrionario. Esta es la individualización del espíritu, su clausura dentro de la forma; y este espíritu así encerrado en el cuerpo causal, es el alma, el individuo, el hombre real. Este es el momento de su nacimiento, porque aunque su esencia es eterna, nonnata y sin fin, su nacimiento en el tiempo como individuo es definido. Además, esta emanación de vida llega a las formas en evolución, no de un modo directo, sino por intermediarios. Cuando la raza ha alcanzado el punto en que es apta para recibir la mente, los grandes seres llamados Hijos de la Mente lanzan en los hombres la chispa monádica de Atma-Buddhi-Manas, necesaria para la formación del alma embrionaria. Y algunos de estos grandes seres encarnaron realmente en formas humanas, para servir de guías e instructores a la humanidad en su infancia. Estos Hijos de la Mente habían completado su propia evolución intelectual en otros mundos, y vinieron a este mundo más joven, nuestra tierra, con objeto de prestar auxilio a la evolución de la raza humana. Son, en realidad, los padres espirituales de la masa de nuestra humanidad. Otras inteligencias de grado mucho más inferior, hombres que habían evolucionado en ciclos precedentes en otro mundo, encarnaron también entre los

descendientes de la raza que recibió, sus almas infantiles del modo descrito. A medida que esta raza se desenvolvía, mejorabanse los tabernáculos humanos, y miríadas de almas que estaban esperando la oportunidad de encarnar, lo verificaron entre sus hijos. Estas almas, parcialmente desenvueltas, se mencionan también en los anales antiguos como Hijos de la Mente, porque poseían mentalidad, aunque relativamente poco desarrollada: almas niños, pudieran llamarse, para distinguirlas de las almas embrionarias de la masa de la humanidad y de las almas maduras de aquellos grandes Maestros. Estas almas niños, a causa de su inteligencia más desenvuelta, constituyeron los tipos directores en el mundo antiguo, las clases superiores en inteligencia, y por tanto, aptas para adquirir conocimientos y para dominar a las masas de los hombres menos desarrollados. De este modo se han originado en el mundo las enormes diferencias mentales y morales que separan a las razas más desarrolladas de las menos desenvueltas, distinguiendo, aun dentro de los límites de una misma raza, al elevado pensador y al filósofo del tipo casi animal de los hombres más perversos. Estas diferencias dependen sólo del grado de evolución, de la antigüedad del alma, y han existido siempre en toda la historia de la humanidad de este globo. Retrocédase cuanto se pueda en los anales históricos, y se encontrarán siempre juntas la inteligencia elevada y la baja ignorancia; y los anales ocultos, que nos llevan aun mucho más lejos, cuentan una historia parecida de los primeros milenios de la humanidad, Ni debe esto apenarnos, como si unos hubiesen sido indebidamente favorecidos y otros injustamente cargados para la lucha de la vida. El alma más elevada ha tenido su juventud y su infancia allá en mundos anteriores, en donde otras almas estaban tan por encima de ella como están ahora otras por debajo; el alma más ínfima tiene que subir a donde se hallan las más altas; y almas aun no nacidas ocuparán su puesto en la escala de la evolución. Las cosas presentes parecen injustas porque sacamos a nuestro mundo fuera de su lugar en la evolución, y lo colocamos aparte, aislado, sin antecesores ni sucesores. Nuestra ignorancia es la que supone la injusticia; los métodos de la Naturaleza son iguales, y a todos sus hijos da infancia, juventud y edad madura. No es culpa suya que nuestra necedad exija que todas las almas ocupen el mismo grado de evolución a un tiempo mismo, y grite ¡ Injusticia ! si la exigencia no se realiza. Se comprenderá mejor la evolución del alma, considerándola desde el punto en que la dejamos, cuando el hombre-animal se hallaba en estado de recibir, y recibió el alma embrionaria. Para evitar toda mala inteligencia posible, conviene explicar que desde este momento no existieron dos mónadas en el hombre, o sean la que había construido el tabernáculo humano; y la que descendió a este tabernáculo, y cuyo aspecto inferior era el alma humana. Citando otro símil de H. P. Blavatsky, diremos que así como dos rayos de sol pueden pasar a través del agujero de un postigo y mezclarse formando uno solo, aun cuando, habían sido dos, así sucede con estos rayos del Sol supremo, el divino señor de nuestro universo. Cuando el segundo rayo penetró en el tabernáculo humano, se confundió con el primero, añadiendo meramente al mismo nueva energía y brillo, y la mónada humana, como una unidad, principió su gran tarea de desenvolver en el hombre los poderes superiores de aquella Vida divina de donde procedió. El alma embrionaria, el Pensador, tenía en un principio por cuerpo mental embrionario, la envoltura de materia mental que la mónada de forma había traído consigo, pero que aun no había sido organizada para ningún posible funcionamiento. Era tan sólo el mero germen de un cuerpo mental unido al germen de un cuerpo causal, y durante muchas Vidas dominaron en absoluto al alma los fuertes deseos naturales, precipitándola en el torbellino de sus propias pasiones y apetitos, donde era combatida por las furiosas olas de su propia animalidad sin freno. Por repulsiva que en el primer momento pueda aparecer esta vida primitiva del alma, cuando se la mira desde el estado más elevado que hemos alcanzado, fue; sin embargo, necesaria para la germinación de las semillas de la mente: El reconocimiento de la diferencia, la percepción de que una cosa es distinta de otra, es un preliminar esencial para el pensar; y a fin de despertar esta percepción en el alma no pensante aún, eran necesarios contrastes fuertes y violentos que, chocando con ella, le impusiesen sus diferencias: golpe tras golpe del placer desenfrenado, golpe tras golpe del dolor desesperante, así batió el mundo externo el alma por medio de la naturaleza de deseos, hasta que las percepciones principiaron lentamente a formarse y a ser registradas después de repeticiones

innumerables. Las pequeñas adquisiciones que en cada vida se hacían, fueron acumuladas por el Pensador, y de este modo principió a progresar lentamente. Lentamente, en verdad, pues apenas si algo era pensado; y por tanto, apenas si se hacía algo para la organización del cuerpo mental; y hasta que en éste no estuvieron grabadas un gran número de percepciones como imágenes mentales, no hubo material sobre el cual pudiera basarse la acción mental iniciada internamente; ésta principia cuando al juntar dos o más de estas imágenes mentales, resulta de ellas alguna deducción por elemental que sea. Esta deducción fue el principio del razonamiento, el germen de todos los sistemas de lógica que la inteligencia humana ha desenvuelto o se ha asimilado desde entonces. Estas inducciones eran todas hechas en un principio en beneficio de la naturaleza de deseos, para aumentar los goces y disminuir el dolor; pero cada una de ellas aumentaba la actividad del cuerpo mental y lo estimulaba a obrar más prontamente. Se verá, pues, por esto, que en este período de su infancia el hombre no tenía conocimiento del bien ni del mal: éstos no existían para él. El bien es lo que está de acuerdo con la voluntad divina, es lo que ayuda al progreso del alma, lo que tiende a fortalecer la naturaleza superior del hombre y a la educación y dominio de la inferior; el mal es lo que retarda la evolución, lo que detiene al alma en los estados inferiores después que ha aprendido las lecciones, que en ellos se enseñan; lo que tiende al dominio de la naturaleza inferior sobre la superior, y asimila al hombre con el bruto, al que debiera sobreponerse, en vez de identificarlo con el Dios que debiera desenvolver. Antes que el hombre supiera lo que era el bien, tenía que conocer la existencia de la ley, y esto sólo podía saberlo siguiendo todo lo que le atraía en el mundo externo, abalanzándose a todo objeto de deseo, y luego aprendiendo por la experiencia, dulce o amarga, si su goce estaba en armonía o en oposición con la ley. Tomemos como ejemplo un hecho vulgar: la comida de manjares apetitosos, y véase cómo el hombre niño podía aprender con esto la existencia de una ley natural. La primera vez, su hambre quedó apaciguada, su gusto satisfecho, y sólo placer resultó de la experiencia, porque su acción estaba en armonía con la ley. En otra ocasión, deseando aumentar el placer, comió demasiado y sufrió las consecuencias, porque entonces violó la ley: Para la inteligencia que alboreaba, debió ser una experiencia confusa; cómo lo que causaba placer, se convertía en dolor por el exceso. Una y otra vez el deseo le inducía a excederse, y en cada ocasión experimentaba las dolorosas consecuencias, hasta que, finalmente, aprendió la moderación, esto es, aprendió a ajustar sus actos corporales en este punto, a la ley física; pues vio que había condiciones que le afectaban y que no podía dominar, y que sólo conformando sus actos a las mismas, podía asegurar la felicidad física. Experiencias semejantes afluyeron a él por medio de todos los órganos corporales con constante regularidad; la satisfacción de sus deseos le ocasionaba placer o dolor, según se hallasen o no en armonía con las leyes de la Naturaleza, y a medida que la experiencia aumentaba, principió a guiar sus pasos, a influir en sus decisiones y en cada nueva vida no tenía que principiar de nuevo tal aprendizaje; porque en cada nacimiento aportaba algún aumento de facultades mentales, un depósito de experiencias cada vez mayor. Ya hemos dicho que el desenvolvimiento en aquellos primeros días era muy lento, porque no existía más que el albor de la acción mental, y cuando el hombre abandonaba su cuerpo físico al morir, gastaba la mayor parte del tiempo en Kamaloka, pasando en sueño un corto período devachánico para la asimilación inconsciente de pequeñas experiencias mentales, no bastante desarrolladas aún para la vida activa celeste, la cual tenía en perspectiva para mucho más adelante. Sin embargo, el cuerpo causal permanente existía allí, siendo el receptáculo de sus cualidades, y conservándolas para mayor desenvolvimiento en la próxima vida terrestre. La parte que el alma monádica de grupo representaba en los primeros grados de la evolución, está representada en el hombre por el cuerpo causal, y esta entidad permanente es la que en todos los casos hace posible la evolución. Sin él, la acumulación de las experiencias mentales y morales, que se muestran como facultades, sería tan imposible, como imposible sería la acumulación de las experiencias físicas, que aparecen como cualidades características de raza y de familia, sin la continuación del plasma físico. Almas sin un pasado, viniendo a la existencia desde el no ser, con peculiaridades mentales y morales marcadas, es un concepto tan monstruoso como lo sería el de niños que apareciesen repentinamente sin proceder de

parte alguna, sin estar relacionados con nadie ni con nada, pero mostrando, sin embargo, tipos marcados de raza y de familia. Ni el hombre, ni su vehículo físico, carecen de causa: provienen del poder creador directo del Logos; y en esto, como en otros casos, las cosas invisibles se perciben claramente por su analogía con lo visible; pues, verdaderamente, lo visible no es más que la imagen, la reflexión de cosas que no se ven. Sin una continuidad en el plasma físico, no existirían medios para la evolución de las peculiaridades físicas; sin la continuidad de la inteligencia, no existirían medios para la evolución de las cualidades mentales y morales. En ambos casos, sin la continuidad, la evolución se detendría desde su primera etapa, y el mundo sería un caos de comienzos infinitos y aislados, en lugar de un Cosmos en progreso constante. No debemos pasar por alto la circunstancia de que en aquellos primeros tiempos el medio ambiente que rodeaba al individuo producía mucha variedad en el tipo y en la naturaleza del progreso individual. En último término, todas las almas tienen que desarrollar sus poderes por sí mismas; pero el orden en que se desarrollan estos poderes, depende de las circunstancias en que se halla colocada el alma. El clima, la fertilidad o esterilidad de la naturaleza, la vida de la montaña o de la llanura, de los bosques interiores o de las costas oceánicas, éstas y otras innumerables cosas despertarán a la actividad una serie u otra de energías mentales. Una vida de grandes trabajos, de lucha incesante con la naturaleza, desarrollará poderes muy diferentes de los que se desenvolverían en medio de la abundancia exuberante de una isla tropical; ambas series de poderes son necesarias, pues el alma tiene que conquistar todas las regiones de la naturaleza; pero de este modo pueden desarrollarse diferencias sorprendentes aun en las almas de la misma edad, pudiendo aparecer una más adelantada que la otra, según que el observador aprecie más los poderes "prácticos" o los "contemplativos" del alma, las energías activas externas o las tranquilas facultades internas de meditación. El alma perfeccionada los posee todos; pero el alma en progreso tiene que desarrollarlos sucesivamente, y esto da lugar a otra de las causas de la inmensa variedad que se encuentra en los seres humanos y nuevamente debemos hacer presente que la evolución humana es individual. En un grupo informado por una sola alma monádica de grupo, se encontrarán los mismos instintos en todos los individuos que este grupo componen, porque el receptáculo de las experiencias es su alma monádica, la cual vierte su vida en todas las formas que de ella dependen. Pero cada hombre tiene su vehículo físico propio, y sólo uno a la vez, siendo el receptáculo de todas las experiencias el cuerpo causal, que vierte su vida en su vehículo físico único, y no puede afectar ningún otro físico, porque con ningún otro está relacionado. De aquí que encontremos que las diferencias que separan a los hombres individualmente, son mayores que las que jamás han separado a animales estrechamente relacionados, y de aquí también que la evolución de las cualidades no pueda estudiarse en la masa de los hombres, sino siempre en el individuo permanente. El no poder hacer semejante estudio es lo que impide que la ciencia no pueda explicar por qué algunos hombres se hallan tan por encima de sus semejantes: gigantes intelectuales y morales, sin que se pueda trazar la evolución intelectual de un Shankaracharya o de un Pitágoras, la evolución moral de un Buddha o de un Cristo. Consideremos ahora los factores en la reencarnación, toda vez que es preciso un conocimiento claro de los mismos para la explicación de algunas de las dificultades, tales como la supuesta falta de memoria y otras con que tropiezan los que no están familiarizados con esta idea. El hombre, a su paso; después de la muerte, por Kamaloka y Devachán, pierde, uno después de otro, sus diversos cuerpos: el físico, el astral y el mental. Estos se desintegran todos, y sus partículas vuelven a mezclarse con los materiales de sus respectivos planos. La relación del hombre con el vehículo físico es por completo destruida; pero los cuerpos astral y mental transmiten al hombre mismo, al Pensador, los gérmenes de las facultades y cualidades resultantes de las actividades de la vida terrestre, los cuales son almacenados en el cuerpo causal, como simiente de sus próximos cuerpo astral y mental. Así, pues, sólo queda entonces el hombre mismo, el labrador que ha traído a casa la cosecha y ha vivido de ella hasta su completa asimilación, El amanecer de una nueva vida principia, y tiene que partir de nuevo a su trabajo hasta el obscurecer. La nueva vida principia con la vivificación de los gérmenes mentales, los cuales atraen materiales de los planos mentales inferiores, hasta formar con ellos un cuerpo

mental que representa exactamente el grado mental del hombre, expresando todas sus facultades mentales como órganos; las experiencias del pasado no existen como imágenes en este nuevo cuerpo; como tales imágenes, perecieron cuando pereció el antiguo cuerpo mental, y sólo permaneció la esencia, los efectos de aquéllas como facultades; eran el alimento de la mente, los materiales que ésta convertía en poderes, y en el nuevo cuerpo reaparecen como tales poderes, determinan sus materiales y forman sus órganos. Cuando el hombre, el Pensador, se ha revestido así de un nuevo cuerpo para su próxima vida en los planos mentales inferiores, procede vivificando los gérmenes astrales, a proveerse de un cuerpo astral para su vida en él plano astral. Este representará exactamente su naturaleza de deseos, que reproducirá fielmente las cualidades que desenvolvió en el pasado, de la misma manera que la semilla reproduce al árbol padre. De este modo se encuentra el hombre completamente equipado para su próxima encarnación, y la única memoria de los sucesos de su pasado se encuentra en su cuerpo causal, su propia forma permanente, el único cuerpo que pasa de una vida a otra. Mientras tanto, una acción independiente de él trabaja para proveerle de un cuerpo físico a propósito para la expresión de sus cualidades. Los lazos que formó y las deudas que contrajo con otros seres humanos en pasadas vidas, contribuirán a determinar el lugar de su nacimiento y su familia. Fue origen de dicha o de desgracia para otros; esto será un factor que determine las condiciones de su futura vida. Su naturaleza de deseos fue disciplinada o irregular y sin freno; esto será tomado en cuenta para la herencia física del nuevo cuerpo. Cultivó ciertos poderes mentales, tales como el artístico; esto tiene que considerarse, porque en este punto también la herencia es un factor importante en donde se requiere la delicadeza en la organización nerviosa y en la sensibilidad táctil, y así sucesiva-mente en variedad sin fin. El hombre puede que tenga en sí, y tendrá seguramente, muchas cualidades características incongruentes, de modo que sólo algunas pueden encontrar expresión en un solo cuerpo, y así se elegirá una parte de sus poderes a propósito para una expresión simultánea, Todo esto es hecho por ciertas poderosas Inteligencias espirituales , llamadas generalmente los Señores del Karma, porque su función es inspeccionar los efectos de las causas que constantemente ponen en acción los pensamientos, deseos y actos. Tienen en sus manos los hilos del destino que cada hombre ha tejido, y guían al hombre que se reencarna hacia el ambiente determinado por su pasado, y que inconscientemente ha escogido en sus vidas anteriores. Determinadas de este modo la raza, la nación y la familia, estos grandes Seres proporcionan lo que puede llamarse el molde del cuerpo físico a propósito para la expresión de las cualidades del hombre y para la extinción de las causas que ha puesto en acción y el nuevo doble etéreo, copia de aquél, es construido en el claustro materno por la agencia de un elemental, cuyo poder estimulante es el pensamiento de los Señores del Karma. El cuerpo denso es construido sobre el doble etéreo, molécula por molécula, copiándolo exactamente; y aquí la herencia física domina por completo dentro de los materiales provistos. Además, los pensamientos y pasiones de la gente que le rodea, especialmente de los siempre presentes padres, influyen en la obra del elemental constructor, y de este modo los individuos con quienes el hombre formó lazos en el pasado, afectan las condiciones físicas en desarrollo, para su nueva vida en la tierra. Desde los primeros momentos, el nuevo cuerpo astral se pone en relación con el nuevo doble etéreo, y ejerce gran influencia en su formación; y por su medio, el cuerpo mental trabaja sobre la organización nerviosa, preparándola para que sea un instrumento a propósito para su expresión en lo futuro. Esta influencia, comenzada en una vida prenatal de modo que cuando nace el niño, la formación de su cerebro revela la estancia y equilibrio de sus cualidades mentales y morales, continúa después del nacimiento, y esta construcción del cerebro y de los nervios, y su correlación con los cuerpos astral y mental, continúa hasta el séptimo año de la infancia, a cuya edad la relación entre el hombre y su vehículo físico es completa; y en adelante puede decirse que trabaja más por su conducto que sobre él. Hasta esta edad, la conciencia del Pensador se halla más en el plano astral que en el físico, y esto lo prueban muchas veces las facultades psíquicas que suelen verse en niños pequeños. Ven camaradas invisibles y vistas preciosas; oyen voces imperceptibles para sus padres, y perciben encantadoras y delicadas fantasías del mundo astral. Estos fenómenos desaparecen generalmente, así que el Pensador principia a

funcionar de un modo efectivo por medio del vehículo físico, y el niño soñador se convierte en el muchacho o muchacha vulgar, lo cual muchas veces sucede con gran satisfacción de sus alarmados padres, ignorantes de las causas de estas "rarezas" de su hijo. La mayor parte de los niños tienen por lo menos un poco de estas "rarezas"; pero pronto aprenden a ocultar sus fantasías y visiones a sus padres, por temor a la reprensión por decir "mentiras", o por lo que aun temen más: por el ridículo. Si los padres pudiesen ver el cerebro de sus hijos vibrando bajo una intrincada mezcla de estímulos físicos y astrales que los niños son incapaces de diferenciar, y recibiendo algunas veces una vibración - tan plásticos son ellos - hasta de regiones superiores, qué les produce una visión de belleza etérea, o de una acción heroica, tendrían más paciencia y simpatía con la charla confusa de los pequeños, al tratar de traducir con palabras que no les son familiares, los choques ilusorios de que tienen conciencia y que tratan de recibir y retener. Si la reencarnación fuese creída y comprendida, libertaría la vida infantil de su aspecto más patético, la lucha, sin ayuda, del alma para obtener dominio sobre sus nuevos vehículos, y para relacionarse por completo con su cuerpo más denso, sin perder el poder de impresionar los más rarificados, de un modo que les permitiese aportar al más denso sus propias vibraciones más sutiles. Los grados ascendentes de conciencia, a través de los cuales pasa el Pensador, conforme va reencarnando durante el largo ciclo de sus vidas en los tres mundos inferiores, están determinados con toda claridad; y la necesidad precisa de muchas existencias para hacer experiencia de ellos, si ha de desarrollarse por completo, convencerá a las personas reflexivas de la verdad de la reencarnación. En el primer grado, todas las experiencias son sensaciones; el trabajo de la mente consiste sólo en reconocer que el contacto con ciertos objetos va seguido de una sensación de placer, mientras que al contacto con otros sigue una sensación de dolor. Estos objetos forman imágenes mentales, que bien pronto comienzan a obrar como estímulos que impulsan a la búsqueda de las cosas con el placer asociadas, cuando no se tienen delante, apareciendo así los gérmenes de la memoria y de las iniciativas mentales: A esta tosca división primera del mundo externo, síguese la idea más compleja de la significación de la cantidad en materia de placer y de dolor, conforme se ha expuesto. A este punto de la evolución, la memoria es de muy corta vida, o en otros términos, las imágenes mentales son muy transitorias. Aun no ha surgido en la mente del Pensador la idea de deducir del pasado el porvenir, ni siquiera de un modo rudimentario, y sus acciones van guiadas por las influencias del mundo externo, o a lo más, por el incentivo de sus apetitos y pasiones que buscan satisfacerse. Aquél rechazará por una satisfacción inmediata toda cosa, por más conveniente que sea para su futuro bienestar; la exigencia del momento domina toda otra consideración. En los libros de viajes se encuentran ejemplos numerosos de almas humanas en esta situación embrionaria; y en tal concepto, los que se paren a considerar las condiciones mentales de los pueblos más salvajes, y las comparen aún con las de la masa media de las naciones civilizadas, no podrán menos de persuadirse de la necesidad de las múltiples existencias. No hay para qué decir que las aptitudes morales no están más desarrolladas que las mentales; aun no se ha concebido la idea del bien y del mal. No es posible introducir la noción más elemental de estos conceptos en un entendimiento privado de todo desarrollo. El bien y el placer son para él términos sinónimos, según aparece en el notable caso del salvaje australiano, mencionado por Carlos Darwin. Acosado aquél por el hambre, dio muerte al ser viviente que más a mano tenía, para servirle de alimento, recayendo la suerte a su propia mujer. Un europeo le echó en cara lo perverso de su acción, mas no le produjo impresión alguna; pues de la censura de que era una mala cosa el comerse a su mujer, sólo dedujo que el extranjero creía que era un alimento sucio o indigesto; y en su consecuencia, rectificó a su interpelante, sonriéndose tranquilamente y dándose palmadas después de su comida, y declarándole con satisfacción que "estaba muy buena". Mídase con el pensamiento la distancia moral que separa a este hombre de San Francisco de Asís, y se concluirá que debe haber una evolución para las almas como la hay para los cuerpos; y que de no ser así, se darían en la esfera del espíritu no interrumpidos milagros, creaciones dislocadas. Dos caminos hay por donde el hombre puede salir gradualmente de esta situación mental embrionaria. Es el uno, el ser dirigido y dominado por hombres mucho más desarrollados; y es el otro, el crecer lentamente sin ayuda. Este último implicaría el

transcurso de milenios sin cuento; pues sin ejemplo y sin disciplina, abandonado el hombre a los mudables choques de los objetos externos y al contacto con otros hombres, como él faltos de desarrollo, sólo con gran lentitud podrían despertarse las energías internas. Ya hemos visto que cuando la masa de la humanidad, considerada en su tipo medio, recibió la chispa que dio el ser al Pensador, encarnaron como Maestros algunos de los más grandes Hijos de la Mente, y que también tomaron carne otros muchos Hijos menores de la Mente, que se hallaban en diversos grados de la evolución, los cuales constituyeron la ola más elevada de la progresiva corriente humana. Estos gobernaron a los menos desarrollados, bajo la benéfica autoridad de los grandes Maestros; y la obediencia impuesta de reglas elementales de buen vivir (al principio muy elementales ciertamente) apresuró en gran manera el desarrollo de las facultades intelectuales y morales de las almas embrionarias. Prescindiendo de todo otro testimonio, los restos gigantescos de civilizaciones que hace mucho tiempo desaparecieron y que muestran habilidades y concepciones intelectuales muy por encima de lo que era posible a la masa de la humanidad, entonces en su niñez, bastan para probar que existían en la tierra hombres capaces de concebir y llevar a ejecución grandes planes. Continuemos estudiando la primera etapa de la evolución de la conciencia. La sensación era dueña absoluta de la mente: los primeros esfuerzos mentales estaban estimulados por el deseo. Y así llevado lentamente, hizo el hombre sus primeros toscos ensayos de previsión y de planes para lo futuro. Empezó a reconocer la asociación de ciertas imágenes mentales, y a la aparición de una esperaba la de otra, que invariablemente la había seguido en su paso. Comenzó, pues, a hacer deducciones y aun a determinarse a obrar bajo la fe de estas deducciones: éste fue un gran adelanto. También comenzó a dudar, en ocasiones, si seguiría las vehementes sugestiones del deseo, visto que una y otra vez se asociaban en su pensamiento las satisfacciones por aquél exigidas con sufrimientos sucesivos. Este efecto fue vivificado por la imposición verbal de ciertas leyes: fuéle prohibido darse determinadas satisfacciones, advirtiéndosele que el sufrimiento seguiría a la inobediencia. Así, pues, cuando después de alcanzado el objeto que provocara su deleite, experimentaba el dolor que al placer seguía, el cumplimiento de la prevención que se le había hecho, impresionaba su alma mucho más que lo hubiera verificado el mismo suceso no predicho e inesperado, y por lo tanto, para él fortuito. De este modo surgían continuos conflictos entre la memoria y el deseo, que hacían más activa la mente, impulsándola a funcionar con más viveza. Estos conflictos, en realidad, determinaban la transición a la segunda grande etapa del progreso. Entonces empezó a manifestarse el germen de la voluntad. El deseo y la voluntad guían las acciones de los hombres, y hasta se ha definido la voluntad como el deseo que sale triunfante de la lucha de los deseos. Mas éste es un concepto superficial e imperfecto, que nada explica. El deseo es la energía del Pensador, provocada en su dirección por el incentivo de los objetos externos, mientras que la voluntad es la misma energía determinada por las deducciones que la razón saca de las experiencias pasadas, o por la intuición directa del Pensador mismo. En otros términos: el deseo es suscitado desde fuera, la voluntad desde dentro. Al principio de la evolución humana, el deseo es dueño absoluto del hombre y le acosa por todas partes; en el punto medio de la evolución, el deseo y la voluntad chocan de continuo, siendo sus respectivas victorias alternadas; al terminar la evolución, el deseo ha muerto, y la voluntad domina sin oposición ni rivalidades. Mientras el Pensador no está lo bastante desarrollado para ver directamente, la voluntad es guiada por él por medio de la razón; mas como ésta sólo puede deducir sus conclusiones de su acopio de imágenes mentales, que constituyen su experiencia, y como quiera que este acopio es limitado, la voluntad ordena constantemente acciones erróneas. Los sufrimientos que de estos errores proceden, aumentan el caudal de las imágenes mentales, suministrando así a la razón mayor copia de materiales de donde sacar sus conclusiones. Así se realiza el progreso: así tiene origen la sabiduría. Mas de tal manera el deseo se mezcla frecuentemente con la voluntad que lo que aparece determinado desde adentro, es en realidad sugerido grandemente por anhelos de la naturaleza inferior, suscitada por objetos que le prometen satisfacciones. En vez de un conflicto declarado entre las dos, la inferior se introduce de modo sutil en la corriente de la más elevada y desvía su curso. Los deseos de la personalidad, como sean derrotados en campo abierto, conspiran arteramente contra su vencedor, y a menudo

consiguen por la astucia lo que no pueden por la fuerza. Todo el tiempo de esta gran etapa segunda, en que las facultades de la mente inferior se hallan en proceso de evolución, la lucha es condición normal: es la batalla que sé libra entre el predominio de las sensaciones y el predominio de la razón. El problema que la Humanidad tiene que resolver, es poner término al conflicto, conservando la voluntad libre; determinar la voluntad a lo mejor, siendo lo mejor objeto de elección. Lo mejor debe ser escogido, pero por un acto de volición que parta de sí mismo, que proceda con firmeza de una necesidad ordenada de antemano. La certeza de una ley impulsiva ha de obtenerse de voluntades innumerables, cada una de las cuales sea libre de determinar su propio curso. La solución de este problema es sencilla una vez conocido, por más que la contradicción parezca irreconciliable a primera vista. Que el hombre sea libre de determinar sus propios actos, pero que cada uno de éstos produzca un resultado inevitable; que el hombre discurra en libertad por entre todos los objetos del deseo y coja el que quiera, pero que sufra las consecuencias de su elección, agradables o penosas, y al cabo rechazará espontáneamente los objetos cuya posesión trae aparejado el dolor por término, no los apetecerá ciertamente desde el punto y hora en que haya adquirido la completa experiencia de que su posesión acaba en quebranto. Luchando para obtener el placer y evitar la pena, procurará no ser aplastado entre las muelas de la ley; y la lección se repetirá el número de veces que fuere necesario, a cuyo fin proporcionarán las reencarnaciones tantas vidas como sean requeridas por el más perezoso discípulo. Poco a poco desaparecerá el deseo de los objetos que producen al cabo sufrimientos, y aunque la cosa se presente envuelta en todo su tentador espejismo, será rechazada, no por impulsión externa, sino por libre elección. Ha dejado ya de ser deseable; ha perdido su poder. Así sucederá con una cosa después de otra. La elección de los objetos marcha en armonía con la ley más y más, conforme el tiempo avanza. Muchos son los senderos del error; la senda de la verdad es una sola; cuando se han recorrido los primeros y se ha visto que todos terminan en sufrimientos, no cabe error en escoger el camino de la verdad, porque va fundado en el conocimiento. Los reinos inferiores trabajan armoniosamente a impulsos de la ley; el reino humano es un caos de voluntades en pugna, en rebelión y en lucha contra la ley; por el momento se desenvuelve dentro de él una unidad más noble, una elección armoniosa de voluntaria obediencia, que, por estar fundada en el conocimiento y en el recuerdo de los resultados de la inobediencia, es estable, sin que haya tentación que pueda darla de lado. El hombre ignorante y falto de experiencia está siempre en peligro de caer; mas como un Dios, conociendo el bien y el mal por propia experimentación, el escoger el bien está eternamente por encima de toda posibilidad de cambio. A la voluntad, en la esfera de la moral, se la denomina generalmente conciencia, y está sujeta en ella a las mismas dificultades que en los demás campos de su actividad. Mientras las acciones recaen sobre asuntos que se han repetido muchas veces, y cuyas consecuencias son familiares tanto a la razón como al Pensador mismo, la conciencia se expresa con prontitud y firmeza. Pero cuando se presentan problemas nuevos, sobre cuya solución guarda silencio la experiencia, no puede la conciencia expresarse con certeza; su respuesta será vacilante, porque sólo podrá deducir consecuencias dudosas, y el Pensador es incapaz de expresarse, porque su experiencia no contiene las circunstancias que por primera vez se le ofrecen. De aquí que la conciencia resuelva a menudo erróneamente; esto es, que la voluntad, falta de una dirección clara, ya por parte de la razón, ya de la intuición, guíe las acciones por mal camino. Y no podemos omitir la consideración de las influencias externas que afectan a la mente: formas de pensamientos de los demás, ya sean amigos, individuos de la familia o conciudadanos. Todos éstos rodean y compenetran la mente con su propia atmósfera, falseando el aspecto de todas las cosas, desfigurando sus verdaderas proporciones. Así influida la razón, se ve privada con frecuencia del reposo necesario para juzgar aun conforme a los datos de su experiencia propia, y acaba por deducir conclusiones falsas, engañada por el instrumento falaz de que se ha servido para el estudio de los materiales. La evolución de las facultades morales es estimulada por las afecciones, aun animales y egoístas, de la infancia del Pensador. Las leyes de la moral son dictadas por la razón esclarecida, la cual descubre las leyes en cuya conformidad la Naturaleza se mueve, e induce al hombre a proceder en armonía con la voluntad divina. Pero el impulso a obedecer estas leyes, cuando no interviene fuerza alguna exterior,

radica en el amor, en esa deidad oculta en el hombre, que procura difundirse y entregarse a los demás. La moralidad comienza para el Pensador niño, cuando por primera vez se siente movido por el amor hacia la esposa, el hijo o el amigo, cuando se siente inclinado a hacer algo en provecho del ser querido, sin idea alguna de sacar utilidad. Esta es su primera victoria sobre la Naturaleza inferior, en cuya completa sumisión consiste la perfección moral. De aquí la importancia de no destruir las afecciones ni empeñarse jamás en debilitarlas, según se practica en muchas de las más bajas especies de ocultismo. Por groseras e impuras que sean las afecciones, ofrecen siempre posibilidades de evolución moral, la cual se impiden a sí mismos los fríos de corazón y los que se aíslan dentro de sí mismos. Es más fácil tarea purificar el amor que crearlo. Por esto han dicho los grandes Maestros, que están más cerca del reino de los cielos los pecadores que los fariseos y los escribas. La tercera gran etapa de la conciencia comprende el desarrollo de los más elevados poderes intelectuales. Ya el pensamiento no se alimenta sólo de las imágenes mentales suministradas por las sensaciones, ya no especula únicamente sobre los objetos concretos, ni se limita a los atributos que diferencian los unos de los otros, sino que, habiendo aprendido a distinguirlos con claridad por la apreciación de sus desemejanzas, comienza a agruparlos en razón de algún atributo especial que es común a objetos diversos y constituye su lazo de unión. Así deduce este común atributo y lo extrae, colocando todos los objetos que lo poseen aparte de los que carecen de él, y en tal camino desarrolla la facultad de reconocer la identidad en medio de la diversidad: primer paso hacia el reconocimiento futuro de lo Uno, como fundamento de lo múltiple. Por tal modo va clasificando el Pensador cuanto le rodea, desarrollando, en su consecuencia, su facultad de sintetizar, aprendiendo a construir al mismo tiempo que a analizar. Da entonces un paso más, y concibe la propiedad común como una idea separada de todos los objetos en que aparece, formando así imágenes mentales de una especie superior a las de los objetos concretos: imágenes de ideas que no tienen existencia fenomenal en el mundo de las formas, sino que existen en los niveles más elevados del plano mental, y ofrecen materia en que el mismo Pensador ejerza su actividad. La mente inferior alcanza la idea abstracta mediante la razón, y al hacerlo, realiza su vuelo más alto, tocando los límites del mundo sin forma; desde donde confusamente vislumbra lo que hay del otro lado. El Pensador considera estas ideas y vive habitualmente en medio de ellas; y cuando el poder de razonar sobre lo abstracto se ha ejercitado y desarrollado, el Pensador comienza a encontrarse realmente en su propio mundo, comienza su vida de activo funcionar en su propia esfera. Los hombres que esto alcanzan, se cuidan poco de los sentidos, de la observación externa, de la aplicación del pensamiento a las imágenes de los objetos exteriores; sus poderes se dirigen adentro, no buscando afuera ya sus satisfacciones. Reposan tranquilos en sí mismos, creciendo con el estudio de los problemas filosóficos, con la inspección más profunda del pensamiento y de la vida, procurando más bien desentrañar las causas que desvariar en la acumulación de los efectos, y acercándose día tras día al reconocimiento del Uno, que se oculta detrás de las infinitas variedades de la Naturaleza visible. En la cuarta etapa de la conciencia se ve este Uno; y al asaltar las barreras levantadas por el intelecto, se esparce la conciencia para abarcar el mundo, y ve todas las cosas en sí misma y como partes de sí misma, y se ve a sí misma como un rayo del Logos, y por tanto, como una con El. ¿ Qué es el Pensador entonces? Ha llegado a ser conciencia; y en tanto que el alma espiritual puede usar ad líbitum cualquiera de sus vehículos, no está aquél limitado a su uso, ni siquiera los necesita para su plena y consciente vida. Aquí han concluido las reencarnaciones forzosas; el hombre ha vencido a la muerte: de cierto ha alcanzado la inmortalidad. Desde entonces es "una columna del templo de Dios, de donde no saldrá jamás". Para completar esta parte de nuestro estudio, se requiere comprender la vivificación sucesiva de los diferentes vehículos de la conciencia y su ingreso, uno después de otro, en la esfera de la vida activa, como instrumentos armoniosos del alma humana. Hemos visto que el Pensador, desde los comienzos de su vida separada, ha tenido vestiduras de materia mental, astral, etérea y física grosera. Son éstos los medios por donde la vida de aquél trasciende al exterior; el puente de la conciencia, podríamos llamarlo, a lo largo del cual todos los impulsos del Pensador llegan hasta el cuerpo físico grosero, y todas las impresiones del mundo externo le alcanzan a él.

Pero este uso general de los cuerpos sucesivos como partes de un todo encadenado, es cosa bien diferente de la vivificación de cada uno de ellos, para servir alternativamente de vehículo a la conciencia, con independencia de los que están por debajo. Esta vivificación de los vehículos es lo que vamos a considerar. El que primero debe reducirse a un orden armonioso de actividad, es el vehículo inferior: el cuerpo físico denso. Es preciso afinar el cerebro y el sistema nervioso, y hacerlos delicadamente sensibles a todas las impresiones que caen dentro de la escala de su poder vibratorio. En los albores de la especie humana, cuando este cuerpo físico se componía de la más grosera clase de materia, la gama era muy limitada: el órgano físico de la mente sólo podía responder a las más lentas vibraciones. Como era natural, respondía con mucha mayor prontitud a las impresiones del mundo externo causadas por objetos semejantes a él por sus materiales. Su vivificación como vehículo de la conciencia, está en que se le haga sensible a las vibraciones que parten de dentro; y la rapidez de esta vivificación depende de que la naturaleza inferior ayude en su obra a la más elevada, de que se someta lealmente a servir a su director misterioso. Cuando después de muchas y muchas vidas, comienza a columbrar la naturaleza inferior que existe sólo por el alma, que todo su valor consiste en la ayuda que puede proporcionarla, y que sólo puede conquistar la inmortalidad fundiéndose en ella, empezará a verificar su evolución a pasos de gigante. Antes de esto la evolución ha sido inconsciente; al principio el único objeto de la vida era la satisfacción de la naturaleza inferior, y mientras que esto fue un preliminar necesario para despertar las energías del Pensador, nada hizo aquella de un modo directo para convertir el cuerpo en vehículo de la conciencia. Su acción directa sobre éste comienza cuando la vida del hombre establece su centro en el cuerpo mental, cuando el pensamiento comienza a dominar la sensación. Los poderes mentales en ejercicio actúan sobre el cerebro y el sistema nervioso, en cuya virtud la materia más grosera de que se compone este organismo, es expelida gradualmente, para dar paso a materiales más finos que sean capaces de vibrar al unísono con las vibraciones del pensamiento que tratan de influirlo. El cerebro viene a ser de una constitución más delicada, aumentando así, con circunvoluciones más y más complicadas, la superficie total que ha de revestir la materia nerviosa idónea para responder a las vibraciones mentales. El sistema nervioso, a su vez, adquiere un equilibrio más sutil, se hace más vivo y más sensible a las influencias de la actividad mental; y cuando llega la hora del reconocimiento de sus funciones como instrumento del alma, de que antes se ha hablado, tiene lugar una cooperación activa en el desempeño de estas funciones. Entonces comienza la personalidad a someterse deliberadamente a disciplina y a posponer sus pasajeras satisfacciones a los intereses permanentes de la individualidad inmortal. Emplea en el desarrollo de las facultades mentales el tiempo que podía gastar en la persecución de los más bajos placeres; todos los días destina algunas horas a los estudios serios; el cerebro se entrega gustoso a las impresiones que proceden de dentro, en vez de las que recibe del exterior; se siente arrastrado a responder a un orden consecutivo de pensamientos, y aprende a refrenarse en la libre emisión de sus propias imágenes, inútiles e inconexas, fruto de pasadas impresiones. Aprende a permanecer en reposo cuando no es requerido por su maestro, para corresponder a vibraciones, no para iniciarlas . Andando el tiempo se empezará a hacer diferencia entre los alimentos que deben suministrar al cerebro la substancia. Se interrumpirá el uso de los más groseros, tales como la carne, la sangre y el alcohol, formándose un cuerpo puro con alimentos puros. Y así, poco a poco, las vibraciones de un orden inferior dejarán de encontrar materia dispuesta a responder a su acción, y en su consecuencia, llegará a ser el cuerpo físico un vehículo idóneo de la conciencia, reflector delicado de las impresiones del pensamiento, sutilmente sensible a las vibraciones producidas por el Pensador. El doble etéreo se conforma tan estrictamente a la constitución del cuerpo denso, que no precisa estudiar por separado su purificación y vivificación; normalmente no sirve como vehículo separado de la conciencia, sino que actúa simultáneamente con su compañero más denso, y cuando se halla apartado de él por accidente o por muerte, responde muy débilmente a las vibraciones que parten del interior. Sus funciones no son, en realidad, las de un vehículo de la conciencia mental, sino de un vehículo de Prana, de la fuerza vital individualizada, y su desencajamiento del cuerpo denso, al cual lleva las corrientes de vida, es, por tanto,

perturbador y dañino. El segundo vehículo de conciencia que debe ser vivificado es el cuerpo astral. Cuando durante el sueño abandona al cuerpo físico y flota en el mundo astral, alcanzada ya su completa organización; la conciencia que hasta entonces ha actuado dentro de él, comienza, no sólo a recibir por su medio las impresiones de los objetos astrales que constituyen la llamada conciencia del sueño, sino también a percibir, mediante sus sentidos, objetos de aquel plano: esto es, comienza a referir las impresiones que recibe a los objetos que las producen. Estas percepciones son confusas al principio, al igual de las primeras percepciones que la mente recibe cuando le sirve de instrumento el cuerpo físico de un niño, las cuales deben corregirse en uno y otro caso por la experiencia. El Pensador tiene que descubrir paso a paso las nuevas facultades de que puede hacer uso por el intermedio de este vehículo más sutil, con el cual será capaz de dominar los elementos astrales y defenderse de los peligros de aquel plano. Y no queda abandonado a sus propias fuerzas en este nuevo mundo, sino que es instruido y ayudado, y aun protegido, hasta que sea apto para servirse de su propio valimiento, por seres experimentados en las vicisitudes de la vida astral. Y así, de un modo gradual, llega a adquirir un predominio completo sobre el nuevo vehículo de la conciencia, hasta el punto de serle tan familiar la vida en este plano como en el físico. El tercer vehículo de conciencia, el cuerpo mental, es rarísima vez vivificado para una acción independiente sin la instrucción directa de un maestro, y su funcionamiento entonces pertenece a la vida del discípulo, en el estado actual de la evolución humana. Vuelve a ser ordenado para funcionar separadamente en el plano mental, para lo cual se requieren también experiencia y educación, a fin de que se halle por completo bajo el dominio de su dueño. Es un hecho común, ciertamente, a estos tres vehículos de conciencia, pero que en los sutiles induce quizás más fácilmente a error que en el más denso, porque generalmente se olvida en los primeros, al paso que en el último es tan conspicuo, que siempre se hace presente que estos vehículos están sujetos a la evolución, y que a medida que progresan, aumenta su capacidad para recibir y corresponder a las vibraciones. ¿ Cuántos matices no percibe el ojo ejercitado que el no educado no ve? ¿ Cuántos tonos no percibe el oído amaestrado, que se escapan al que no lo está, el cual oye sólo la nota fundamental ?. A medida que los sentidos físicos se agudizan, el mundo aparece más y más lleno; y en donde el campesino sólo ve su surco y su arado, la mente cultivada se fija en la flor del arbusto y del álamo temblón, en la arrebatadora melodía de la alondra y en el zumbido de alas diminutas en el vecino bosque; en los conejos corriendo a través de los entrelazados helechos, y en las ardillas jugueteando en las ramas de las hayas; en todos los graciosos movimientos de las cosas salvajes; en todos los fragantes aromas del campo y de la selva; en los espléndidos cambiantes del cielo matizado de nubes, y en las luces y sombras fugaces de las colinas. Tanto el campesino como el hombre culto tienen ojos, ambos tienen cerebro; pero ¡con qué diferentes poderes de observación, con qué distintas facultades para recibir impresiones!. Lo mismo sucede en otros mundos. Cuando los cuerpos astral y mental principian a funcionar como vehículos separados de conciencia, se encuentran, por decirlo así, en el grado de percepción del campesino, y sólo llegan a su conciencia fragmentos del mundo astral y mental con sus extraños y engañadores fenómenos; pero se desarrollan rápidamente, abarcando más y más, y aportando a la conciencia una reflexión cada vez más exacta de lo que les rodea. Aquí, como en todas partes, debemos tener presente que nuestro conocimiento no es el límite de los poderes de la Naturaleza, y que en el mundo astral y mental lo mismo que en el físico, somos aún niños que nos ocupamos en recoger conchas arrojadas por las olas, mientras que los tesoros ocultos del Océano permanecen inexplorados. El desarrollo del cuerpo causal como vehículo de conciencia, sigue en tiempo oportuno al desarrollo del cuerpo mental, y presenta al hombre un estado de conciencia aun más maravilloso; retrocede hacia el pasado sin límites, y avanza hasta dentro de las eventualidades del porvenir. Entonces el Pensador no sólo adquiere la memoria de su propio pasado, pudiendo rastrear su propio desarrollo a través de la larga sucesión de sus vidas encarnadas y desencarnadas, sino que también se encuentra capaz de recorrer el pasado de la tierra, y aprender las grandes lecciones de la experiencia del mundo, estudiando las leyes ocultas que rigen la evolución y los profundos secretos de la vida, escondidos en el seno de la Naturaleza. En ese elevado vehículo de conciencia, puede

acercarse a la velada Isis y levantar una punta de su tupido velo, y fijarse en sus ojos sin peligro de cegar ante sus miradas resplandecientes; y puede también ver en la luz que irradia las causas del sufrimiento humano y su término, sintiendo piedad en el corazón, mas ya no las torturas del dolor sin consuelo. La fuerza, la serenidad y la sabiduría vienen a aquellos que usan del cuerpo causal como de vehículo de conciencia, y que contemplan con ojos abiertos la gloria de la Buena Ley. Cuando se desarrolla el cuerpo búddhico como vehículo de conciencia, el hombre entra en la dicha de la unión, y conoce con certidumbre completa, con realidad vívida, su unidad con todo lo que es. Así como en el cuerpo causal, el elemento predominante de la conciencia es el conocimiento y por último la sabiduría, así el elemento predominante de la conciencia en el cuerpo búddhico, es la felicidad y el amor. La serenidad de la sabiduría determina principalmente al primero, al paso que la compasión más tierna fluye de modo inextinguible del segundo; cuando a esto se añade la fuerza divina y reposada que caracteriza el funcionamiento de Atma, entonces la Humanidad se corona con la divinidad, y el Dios-hombre se manifiesta en toda la plenitud de su poder, de su sabiduría y de su amor. Al desarrollo apresurado sucesivo de los vehículos, no sigue inmediatamente la facultad de aportar a los vehículos inferiores toda la parte de conciencia de los superiores que aquellos pueden percibir. En este punto difieren grandemente los individuos, según sus circunstancias y según obren, pues este apresuramiento en el desarrollo de los vehículos ocurre rara vez hasta que se alcanza el discipulado probatorio, y entonces los deberes que hay que cumplir dependen de las exigencias del tiempo. Al discípulo y hasta al aspirante al discipulado, se le enseña a poner sus facultades al servicio del mundo; y la participación de la conciencia inferior en el conocimiento de la superior, se determina principalmente por las necesidades de la obra en que el discípulo está ocupado. Es necesario que el discípulo pueda usar por completo de sus vehículos de conciencia en los planos superiores, en tanto que su obra sólo haya de verificarse en ellos; pero el aportar el conocimiento de esta obra al vehículo físico, que no interviene para nada en ella, es asunto sin importancia, y el que pueda o no hacerlo, se determina generalmente por el efecto que una u otra circunstancia deba tener en la eficacia de su trabajo en el plano físico. La violencia que se hace al cuerpo físico cuando la conciencia superior le obliga a vibrar en consonancia con ella, es muy grande en el estado presente de la evolución; y a menos que las circunstancias externas sean muy favorables, tal violencia puede ocasionar desarreglos nerviosos y sensibilidad histérica con todas sus malas consecuencias. De aquí que la mayor parte de los que se hallan en posesión de vehículos superiores de conciencia desarrollados, y que al mismo tiempo deben verificar sus trabajos más importantes fuera del cuerpo, permanezcan apartados de los centros de población, para traer a la conciencia física el conocimiento que emplean en los planos superiores, preservando de este modo el vehículo físico sensitivo del uso grosero y del bullicio de la vida ordinaria. Las preparaciones principales que hay que hacer para recibir en el vehículo físico las vibraciones de la conciencia superior son: su purificación de los materiales groseros por medio de un alimento puro y de una vida pura; el dominio completo de las pasiones, y el cultivo de un carácter y una mente equilibrados, que no se afecten por el tumulto y las vicisitudes de la vida externa; la costumbre de la meditación tranquila sobre asuntos elevados, apartando el pensamiento de los objetos de los sentidos y de las imágenes mentales a que dan lugar, y fijándola en cosas superiores; el abandono de toda precipitación, especialmente de esa precipitación desasosegada y excitable de la mente, que mantiene al cerebro en constante trabajo, pasando de un asunto a otro; un amor real de las cosas del mundo superior, en cuya virtud se nos presenten con más atractivo que los objetos del bajo mundo, haciendo que la mente descanse satisfecha en su compañía, como en la del amigo más querido. En resumen, las preparaciones son muy semejantes a las requeridas para la separación consciente de "alma" y "cuerpo", las cuales he expuesto en otra parte como sigue al estudiante: Debe comenzar por una sobriedad extrema en todas las cosas, cultivando un estado mental uniforme y sereno; su vida debe ser limpia, y sus pensamientos puros, manteniendo su cuerpo estrictamente sujeto al alma, y acostumbrando su mente a ocuparse en temas nobles y elevados; debe practicar habitualmente la compasión, la simpatía, y el ayudar a los demás, mirando con indiferencia las penas y placeres propios, y cultivando el valor, la

firmeza y la devoción. En una palabra: debe vivir la vida religiosa y ética de que la mayor parte de la gente tan sólo habla. Una vez que por la práctica asidua haya aprendido a dominar su mente hasta cierto punto, de modo que pueda mantenerla fija en una dirección determinada de pensamientos, debe empezar una educación más rígida de la misma por el ejercicio diario de concentración en algún asunto difícil o abstracto, o en algún objeto elevado de devoción; esta concentración significa el fijar la mente con firmeza en un solo punto, sin vagar ni dejarse arrastrar por las distracciones de los objetos externos, ni por la actividad de los sentidos, ni por la de la mente misma. Hay que sujetar a ésta de modo que se mantenga invariable y fija, hasta que se enseñe por grados a apartar su atención del mundo externo y del cuerpo, de manera que los sentidos permanezcan sosegados e inactivos, mientras ella está en plena actividad, con todas sus energías replegadas al interior, para ser encaminadas a un solo punto, el más elevado que pueda alcanzar el pensamiento. Cuando se sostenga en esta situación con facilidad relativa, está en aptitud dé dar un paso más, y por un esfuerzo de la voluntad, potente pero reposado, es dueña de lanzarse por encima del más elevado pensamiento de que es capaz con el instrumento del cerebro físico, con lo que se elevará y unirá con la conciencia superior, viéndose libre del cuerpo. Cuando se llega a esto, no hay sentimiento alguno de sueño ni de ensueño, ni pérdida alguna de conciencia; el hombre se encuentra fuera del cuerpo, pero meramente como si hubiera arrojado de sí un pesado estorbo, y no como si hubiese perdido una parte de sí mismo; no está realmente "desencarnado", sino que se ha elevado por encima de la encarnación y del cuerpo grosero, en un cuerpo de luz que obedece a sus más ligeros pensamientos y le sirve de hermosísimo instrumento, perfecto e idóneo para ejecutar su voluntad. En este cuerpo se encuentra libre en los mundos sutiles; pero necesita ejercitar sus facultades por largo tiempo y con cuidado, hasta ser apto para verificar un trabajo útil en las nuevas condiciones. La libertad fuera del cuerpo puede obtenerse de otras maneras, por un arrobamiento intenso de devoción, o por sistemas especiales empleados por un gran maestro con sus discípulos. Cualquiera que sea el medio, el fin es el mismo: la liberación del alma en completa conciencia, pudiendo examinar su nuevo medio ambiente en regiones fuera del círculo de acción de la carne. A voluntad podrá volver al cuerpo; y en estas circunstancias le es dado imprimir en la mente cerebral, y retener así en la conciencia física, la memoria de las experiencias porque ha pasado . Los que hayan comprendido bien las principales ideas bosquejadas en las anteriores páginas, verán que tales ideas son en sí mismas la mayor prueba de que la reencarnación es un hecho en la Naturaleza. Es necesaria a fin de que la vasta evolución que implica la frase "la evolución del alma", pueda llevarse a efecto. La única alternativa dejando a un lado por un momento la idea materialista de que el alma es sólo la agregación de vibraciones de una clase particular de materia física es que cada alma sea una creación nueva hecha cuando nace el niño, e impresa con tendencias virtuosas o viciosas, con habilidad o con estupidez, impuestas por el capricho del poder creador. Como diría el mahometano, su destino pende de su cuello desde el instante de su nacimiento; pues el destino del hombre depende de su carácter y del medio en que vive, y cada nueva alma lanzada al mundo, tiene que ser condenada al sufrimiento o a la dicha con arreglo a las circunstancias que la rodean y al carácter en ella ingerido. La predestinación en su forma más repulsiva, es la sola alternativa de la reencarnación. En lugar de considerar a los hombres evolucionando lentamente, de modo que el salvaje brutal de hoy, haya de lograr con el tiempo las nobles cualidades del santo y del héroe, apreciando de este modo al mundo como manifestación de un proceso de desenvolvimiento sabiamente concebido y dirigido, nos veríamos obligados a ver en todo ello un caos de seres conscientes tratados con la mayor injusticia; sentenciados a la dicha o a la miseria, al conocimiento o a la ignorancia, a la virtud o al vicio, a la riqueza o a la pobreza, al genio o al idiotismo, por una voluntad externa, arbitraria, no inspirada en la justicia ni en la misericordia: sería todo un verdadero pandemónium irracional y sin sentido. Y este caos se supone ser la parte superior del cosmos, en cuyas regiones inferiores se manifiestan todas las hermosísimas y ordenadas obras de una ley que siempre desenvuelve formas más complejas y elevadas de las más ínfimas y sencillas, de una ley que de modo conspicuo "tiende siempre a la justicia", a la armonía y a la belleza. Si se admite que el Alma del salvaje está destinada a vivir y a desarrollarse, y que no está

condenado por toda la eternidad a su presente estado infantil, sino que su evolución se verificará después de la muerte y en otros mundos, entonces se admite el principio de la evolución del Alma, y sólo queda la cuestión del sitio donde tiene lugar. Si todas las Almas estuviesen en la tierra en el mismo grado de progreso, mucho pudiera decirse sobre el punto de que se necesitan otros mundos para la evolución de las Almas en los grados superiores al estado infantil. Pero nos vemos rodeados de Almas muy avanzadas y que han nacido con nobles cualidades mentales y morales. Por paridad de razonamiento, tenemos que suponer que han evolucionado en otros mundos antes de su único nacimiento en éste, y entonces habría de sorprendernos el que un mundo que presenta condiciones a propósito, así para las Almas que se encuentran en la infancia, como para las más avanzadas, sólo esté destinado a una sola visita pasajera de aquéllas durante el período inmenso de su desarrollo, y que todo el resto de la evolución haya de verificarse en mundos semejantes a éste, e igualmente aptos para proporcionarlas la diversidad de condiciones necesarias para su progreso en sus diferentes etapas, tal como las vemos cuando nacen aquí. La antigua Sabiduría enseña, a la verdad, que el Alma progresa a través de muchos mundos; pero también enseña que nace en cada uno de ellos una y otra y otra vez, hasta que ha completado toda la evolución posible en aquel mundo. Los mundos mismos, según sus enseñanzas, forman una cadena evolutiva, y cada uno tiene su papel propio, como campo adecuado de determinado desarrollo. Nuestro mismo mundo ofrece un campo propio para la evolución de los reinos mineral, vegetal, animal y humano, y por tanto, tiene lugar en él la reencarnación colectiva o individual en todos estos reinos. Ciertamente, una evolución más vasta nos espera en otros mundos; pero conforme al orden divino, no se abren ante nuestra mirada hasta que no hayamos aprendido y dominado las lecciones que nuestro propio mundo tiene que enseñar. Al estudiar el mundo que nos rodea, observamos que podemos encaminar nuestros pensamientos por diversas vías que nos llevan a la misma meta de la reencarnación. Ya hemos determinado las inmensas diferencias que separan al hombre del hombre, las cuales implican un pasado evolucionario detrás de cada alma; y hemos llamado la atención sobre tales diferencias en cuanto constituyen una distinción entre la reencarnación individual del hombre (el cual constituye una sola especie), y la reencarnación de almas en grupos monádicos, que corresponden a los reinos inferiores. Las diferencias relativamente pequeñas que separan los cuerpos físicos de los hombres, reconocibles todos externamente como tales hombres, deben compararse con las diferencias inmensas que separan al salvaje inferior del tipo humano más noble en capacidad intelectual y moral. Muchas veces vemos salvajes de un desarrollo físico espléndido y con grandes masas cerebrales; pero cuánto difieren en mentalidad de un filósofo o de un santo. Si las cualidades mentales y morales se consideran como acumulación de los resultados de la vida civilizada, entonces nos vemos frente al hecho de que los hombres de más talento del presente, son sobrepujados por los gigantes intelectuales del pasado, y de que ningún hombre de nuestra época alcanza la altura moral de algunos santos históricos. Por otra parte, tenemos que considerar que el genio no tiene padre ni hijos; que aparece repentinamente y no como la meta de una familia que haya venido desarrollándose gradualmente, y que por regla general es estéril, o bien que si tiene un hijo, es un hijo del cuerpo y no de la mente. Más significativo aún es el hecho de que un genio músico nace la mayoría de las veces en una familia música, porque esta forma del genio necesita, para manifestarse, de una organización nerviosa de clase especial, y el organismo nervioso cae bajo la ley de la herencia. Pero ¿ cuántas veces sucede que la misión de tales familias concluye, así que ha proporcionado un cuerpo para un genio, y que luego degenera y desaparece, al cabo de unas cuantas generaciones, en la obscuridad y la insignificancia de la masa general humana ? ¿ Cuándo han sido los descendientes de Bach, de Beethoven, de Mozart iguales a sus padres ?. Verdaderamente, el genio no desciende de padres a hijos, como sucede con los tipos físicos de familia de los Estuardos y Borbones. ¿De qué modo, si no es por la reencarnación, pueden explicarse los "niños prodigios"?. Consideremos, por ejemplo, el caso del niño que después fue el doctor Young, el descubridor de la teoría ondulatoria de la luz, un hombre cuya grandeza no ha sido aún reconocida en toda su magnitud. Siendo niño de dos años, sabía leer "con mucha soltura" y antes de los cuatro había llegado a leer por dos veces toda la Biblia; a los siete principió la

aritmética y dominó el Tutors Assistant (Ayuda del Maestro) de Walkingham, antes de llegar a la mitad del mismo bajo la dirección de un tutor; y unos cuantos años más tarde, aun en el colegio, posee el latín, el griego, las matemáticas, la teneduría de libros, el francés, el italiano, el manejo y la fabricación de telescopios, y muestra gran afición hacia la literatura oriental. Destinado a los catorce años en compañía de otro muchacho año y medio más joven que él, para adquirir la enseñanza particular de determinado maestro, como sucediese que éste no llegó a tomarles a su cargo, Young enseñó al otro muchacho . Sir William Rowan Hamilton demostró facultades aun más precoces. Principió a aprender el hebreo cuando apenas tenía tres años, y a los siete, declaró uno de los catedráticos del Trinity College de Dublín, había demostrado mayor conocimiento de esta lengua que muchos aspirantes a cátedra. A la edad de trece años había adquirido gran conocimiento de trece idiomas por lo menos; entre éstos, además de las lenguas clásicas y europeas modernas, se contaban el persa, el árabe, el sánscrito, el indostano y hasta el malayo. A los catorce años dirigió una carta de bienvenida al embajador persa en una visita de éste a Dublín, el cual declaró "que no había creído que hubiera en Inglaterra un hombre que pudiera escribir un documento semejante en su lengua". Un pariente suyo escribe lo siguiente: Me acuerdo cuando era un chico de seis años y contestaba a cualquier pregunta difícil de matemáticas, y luego corría alegremente a jugar con un carrito. A los doce años luchó con Colburn, el "muchacho calculista" americano, que entonces se exhibía como una curiosidad en Dublín, y no siempre llevaba lo peor de la contienda. A los diez y ocho años el doctor Brinkley (Astrónomo Real de Irlanda) dijo de él en 1823: "Este joven no diré que será, sino que es el primer matemático de su siglo". En el colegio su carrera fue sin ejemplo: entre muchos competidores de más que ordinario mérito, fue siempre el primero en todas las materias y en todos los exámenes . Compare el hombre reflexivo estos muchachos con algunos semi idiotas y hasta con la generalidad de los chicos; observe cómo principiando con tales ventajas llegan a ser directores del pensamiento, y pregúntese luego si tales Almas no tienen pasado alguno tras sí. El parecido de familia se explica generalmente por la "ley de la herencia"; pero las diferencias en el carácter mental y moral que constantemente se ven en una misma familia, se dejan sin explicación. La reencarnación explica el parecido por el hecho de que un Alma que encarna es dirigida a una familia que la provee, por medio de la herencia física, de un cuerpo a propósito para expresar sus características; y explica las diferencias atribuyendo el carácter mental y moral al individuo mismo, al paso que demuestra que los lazos forjados en el pasado, le han conducido a encarnarse en relación con algún otro individuo de la familia. Un "hecho significativo es el de los hermanos gemelos, los cuales durante la infancia son muchas veces indistinguibles el uno del otro, aun para la vista penetrante de la madre o de la nodriza; al paso que más adelante, en el transcurso de la vida, cuando el Manas obra en su envoltura física, la modifica de tal modo, que la semejanza física disminuye, y que las diferencias de carácter se estampan en las móviles facciones" . La semejanza física, unida a las diferencias mental y moral, parece implicar la unión de dos series distintas de causas. La diferencia sorprendente que se nota entre la gente de facultades intelectuales casi iguales, para la asimilación de cierta clase especial de conocimientos, es otra "señal" de la reencarnación. Uno reconoce en seguida una verdad, mientras que el otro no llega a verla ni aun después de mucho estudio y observación; y sin embargo, puede suceder precisamente lo contrario respecto de otra verdad que el segundo se asimila y que el primero no llega a comprender. Dos personas son atraídas a la Teosofía y principian a estudiarla; al cabo de un año, la una se ha familiarizado con sus conceptos principales y puede aplicarlos, al paso que la otra se encuentra perpleja. A la una le es familiar cada concepto desde que se le presenta; para la otra es cosa nueva, extraña, incomprensible. El creyente en la reencarnación comprende por esto que la enseñanza es antigua para la una y nueva para la otra; aquélla aprende pronto porque se acuerda, no hace más que recobrar un conocimiento del pasado; ésta aprende lentamente, porque su experiencia no encierra estas verdades de la naturaleza, y las empieza a adquirir trabajosamente por la vez primera . Del mismo modo, la intuición es meramente el reconocimiento de un hecho familiar en una vida anterior, aunque encontrado por primera vez en la presente : otra señal del camino por el cual ha viajado el individuo en el pasado. La

principal dificultad que tienen muchos para admitir la doctrina de la reencarnación, es la falta de memoria respecto del pasado. Sin embargo, cada día confirman el hecho de haber olvidado mucho de la vida presente, y que los primeros días de la niñez están borrosos, y los de la infancia son un vacío completo. Deben saber también que los sucesos pasados que han huido por completo de su conciencia normal, se encuentran, sin embargo, escondidos en obscuras cavernas de la memoria, y pueden presentarse vívidamente en ciertas enfermedades, o bajo la influencia del magnetismo. Hay ejemplo de un moribundo que ha hablado una lengua que sólo había oído en su infancia, y que le había sido desconocida durante su larga vida; en el delirio, sucesos largo tiempo olvidados, se han presentado de un modo vívido a la conciencia. Nada se olvida realmente; pero mucho se halla oculto a la vista limitada de nuestra conciencia ordinaria, la cual es la forma más circunscripta de nuestra conciencia, por más que sea la única conciencia reconocida por la gran mayoría. Del mismo modo que el recuerdo de una parte de la vida presente se halla fuera de los límites de la conciencia ordinaria, y sólo se muestra de nuevo cuando el cerebro se encuentra en estado supersensitivo, y puede entonces responder a vibraciones que, por regla general, no es capaz de percibir, así también el recuerdo de las vidas pasadas se halla almacenado fuera del alcance de la conciencia física. Se halla todo él en el Pensador, que es el único que persiste vida tras vida; él tiene todo el libro de la memoria a su alcance, pues es el único "yo" que ha pasado por todas las experiencias que en ella se registran. Por otra parte, puede imprimir el recuerdo del pasado en su vehículo físico, así que lo haya purificado, de modo que pueda responder a sus fugaces y sutiles vibraciones, y entonces el hombre de carne puede compartir su conocimiento del pasado acumulado. La dificultad de la memoria no consiste en el olvido, pues el vehículo inferior o sea el cuerpo físico, no ha pasado nunca por las vidas anteriores de su dueño; consiste en la absorción del cuerpo actual en su medio ambiente presente, en su grosera insensibilidad para responder a las delicadas vibraciones, únicas por las cuales puede hablar el alma. Los que quieran recordar el pasado, no deben tener concentrado todo su interés en el presente, sino que deben purificar y refinar el cuerpo hasta que pueda recibir las impresiones de las esferas más sutiles. La memoria de las vidas pasadas, sin embargo, la posee un considerable número de gente que ha llegado a adquirir la sensibilidad necesaria del organismo físico, no siendo ya para ellas la reencarnación una mera teoría, sino un asunto de conocimiento personal. Así sabe cuánto más rica es la vida presente con el recuerdo de las pasadas, viendo que los amigos de este breve día son los mismos de hace mucho tiempo, con lo que los recuerdos antiguos fortalecen los lazos del pasajero presente. La vida gana en seguridad y en dignidad, cuando se la ve con una extensa perspectiva tras sí, y cuando los amores de antaño reaparecen en los amores de hoy. La muerte se reduce a su propia insignificancia, como un simple incidente de la vida; el cambio de un escenario por otro, como un viaje que separa los cuerpos, pero que no puede separar al amigo del amigo. Se ve que los lazos del presente no son más que eslabones de una cadena de oro que se extiende en el pasado, pudiendo afrontarse el porvenir con la alegre confianza que proporciona la idea de que estos lazos subsistirán, y que forman parte de aquella cadena no interrumpida. De vez en cuando vemos niños que han aportado recuerdos de su inmediato pasado, las más veces cuando han muerto en la niñez y vuelven a nacer casi inmediatamente. En Occidente son estos casos más raros que en Oriente, porque en Occidente las primeras palabras de tal niño serían acogidas con incredulidad, y pronto perdería la confianza en sus propios recuerdos. En Oriente, donde la creencia en la reencarnación es casi universal, los recuerdos del niño son escuchados, y cuando ha habido oportunidad, se han comprobado. Hay otra consideración respecto de la memoria, que merece estudiarse. La memoria de los sucesos pasados, permanece, como hemos dicho, únicamente en el Pensador; pero los resultados de esos sucesos, convertidos en facultades, se hallan al servicio del hombre encarnado. Si el total de estos sucesos pasados fuera lanzado dentro del cerebro físico, como una vasta masa de experiencias sin orden clasificado, sin arreglo, el hombre no podría guiarse por la manifestación del pasado, ni utilizado para su ayuda presente. Obligado a escoger entre dos tendencias de acción, tendría que elegir entre los desordenados hechos de su pasado, sucesos similares en carácter, ver cuáles fueron sus resultados, y después de un estudio largo y penoso, llegar a

alguna conclusión, la cual, probablemente, estaría viciada por no haber tenido en cuenta algún factor importante, y que se recordó tiempo después de haber pasado el momento de la decisión. Todos los sucesos, triviales o importantes, de algunos cientos de vidas, formarían más bien una masa caótica de referencia que no sería posible manejar en un momento dado en que se requiriese una pronta decisión. El plan mucho más efectivo de la Naturaleza, deja al Pensador la memoria de los sucesos, provee un largo período de existencia desencarnada para el cuerpo mental, durante el cual todos los sucesos son reducidos a sipnosis y comparados, y sus resultados clasificados; y luego estos resultados se cambian en facultades, y estas facultades forman el cuerpo mental siguiente del Pensador. De esta suerte las facultades agrandadas y mejoradas, se hallan dispuestas para un uso inmediato, y existiendo en ellas los resultados del pasado, puede llegarse a una decisión inmediata de acuerdo con tales resultados. El golpe de vista claro y rápido y el pronto juicio, no son más que la expresión de la experiencia pasada, moldeada en una forma efectiva de uso; son, seguramente, instrumentos mucho más útiles que lo sería una masa de experiencias no asimiladas, de entre las cuales tendrían que elegirse y compararse las más salientes, y de las que tendrían que hacerse deducciones cada vez que se necesitase tomar una resolución. Desde estos puntos de vista, sin embargo, la mente vuelve a apoyarse en la necesidad fundamental de la reencarnación, para dar una explicación de la vida, y no ver en ella al hombre como mero juguete de la injusticia y la crueldad. Con la reencarnación, el hombre se ve asimismo un ser digno e inmortal, evolucionando hacia un fin divino y glorioso; sin ella es una arista que flota a merced de la corriente de circunstancias casuales, irresponsable de su carácter, de sus acciones y de su destino. Con ella puede mirar hacia adelante con esperanza libre de temores, por más bajo que se encuentre hoy en la escala de la evolución, porque se halla en la escala que conduce a la divinidad, y el llegar a su cúspide, es sólo cuestión de tiempo; sin ella, no tiene fundamento racional de seguridad acerca del progreso en el porvenir, ni siquiera respecto a la realidad de porvenir alguno; ¿ por qué habría de esperar en un porvenir una criatura sin pasado ?. Puede ser una mera burbuja en el océano del tiempo. Lanzado al mundo desde el no ser, con cualidades buenas o malas que posee sin razón ni merecimiento, ¿por qué habría de luchar para mejorarlas? ¿ No será su futuro, si es que tiene alguno, tan aislado, tan sin causa y tan faltó de relación como su presente ?. El mundo moderno, al desechar de sus creencias la reencarnación, ha privado a Dios de su justicia y al hombre de su seguridad; puede ser "afortunado" o "desgraciado", pero la fuerza y la dignidad que inspira la confianza en una ley inmutable, le son arrancadas, y se le deja abandonado fluctuando a merced del innavegable océano de la vida.

# FIN